

EL HILO CONDUCTOR

Rolando Araya Monge

Vientos de disidencia recorren al mundo. Después de años de indiferencia, se han desencadenado manifestaciones violentas en varias partes del planeta. La reacción popular se dirige contra la orientación que lleva el mundo y el empobrecimiento de una gran porción de la humanidad.

¿Habrá algún hilo conductor? ¿Existe una explicación unificadora, algún patrón general para lograr mayor satisfacción social?

En el momento en que la revolución tecnológica desata una serie de cambios irreversibles, como la globalización, en el propio Estados Unidos, en Seattle, millares de manifestantes orquestan el fracaso de la reunión de la Organización Mundial de Comercio y, en su propia capital, la policía lanza gases para reprimir las protestas contra el Banco Mundial y el FMI.

En forma paralela, en Costa Rica se produce una inusual reacción popular contra la aprobación de la ley de transformación del ICE, precedida por bloqueos de carreteras organizados por empresarios agrícolas. Y aunque aquí no destacan las noticias, Francia también vive una constante agitación por las protestas de los agricultores contra el proceso de apertura.

De igual modo, en forma más silenciosa, ocurre un fenómeno que sólo es detectado en las encuestas como desconfianza en los políticos. Pero en realidad, el “establishment” político, en casi todas partes, ha perdido liderazgo en la conducción de un proceso cuya fuerza amazónica contrasta con la astenia de muchos gobiernos atascados en ingobernabilidad, choques interpartidarios y la lenta aplicación de sistemas jurídicos obsoletos.

Las protestas costarricenses podrían ser vistas en su dimensión local y ser atribuidas a las debilidades y la impericia de la actual administración, o al caldo de cultivo creado por los escándalos de corrupción y al peligro de que la ley del ICE, tan temida como ignorada, condujera a más negocios ilícitos.

Recoger la lección es admitir el papel de la opinión pública y reconocer que ya no basta con aglutinar mayorías parlamentarias. La gobernabilidad no depende solo de acuerdos entre bloques parlamentarios, ni de interlocutores válidos, como suele alegarse, sino principalmente de una mejor relación con la opinión pública, un nivel mínimo de flotación en el grado de confianza popular hacia el Gobierno. Sin embargo, cualquier

análisis que margine los aspectos globales tenderá a conclusiones parciales y equivocadas.

Los escenarios se cruzan. Por un lado, una reacción ideológica contra el rumbo del proceso económico; contra el neoliberalismo, digamos. Pero por el otro, Internet se agiganta y millones de seres humanos navegan diariamente. Así como esta red se convierte en la principal amenaza a la dictadura en China, de igual modo desencadena la creación de empresas virtuales, la emisión de una moneda sin país, ni Banco Central, propicia una actividad comercial cuyo crecimiento opaca los índices de la economía convencional y empieza a inducir nuevas ideas políticas.

En el caso de las telecomunicaciones, lo que no haga la ley, lo hará la tecnología. Es cuestión de tiempo. Pronto, los recibos de llamadas de larga distancia serán cosa del pasado. Tanto Internet como la telefonía satelital dominarán las comunicaciones. ¿Qué sentido habría tenido mantener el monopolio del telégrafo cuando todos tienen acceso al fax? Los dueños de las diligencias también trataron de atajar el advenimiento de los ferrocarriles.

En cuanto al ICE, pongámoslo en términos más sencillos: hace falta una ley que permita modernizar a la institución, empezando por “desgobiernizarla”. Y aún con el criterio de privilegiar la riqueza biológica sobre la hidroeléctrica, conviene tratar de convertir a Costa Rica en la potencia en producción de electricidad y ofrecer la posibilidad, en el menor plazo, de que más costarricenses tengan teléfono y, ojalá pronto, computadora en los hogares. Hacer esto produciría un gran progreso económico, pero necesitamos recursos económicos adicionales. Confiamos en que la Comisión Mixta para negociar la ley del ICE, llegue a acuerdos importantes.

Pero esto no acaba aquí. Hay otros síntomas cuyos efectos pretendemos disfrazar. La mayor parte de las premisas en boga son insuficientes. La era del conocimiento ha empezado a imponer su orden político: ese es el hilo conductor. En ese nuevo sistema, la gente ya no quiere sólo elegir, también quiere decidir. La liturgia del viejo orden produce desconfianza e irritación. La sociedad civil quiere saltar el foso y escalar los muros del viejo “castillo estatal”. En los países más desarrollados, la mayor parte de las decisiones se toman en los municipios.

Por el contrario, Costa Rica es uno de los países más centralistas del mundo y eso es hoy el principal afluente de la ingobernabilidad. Ahí está el problema. El descrédito de los partidos y del Poder Legislativo se hace cada vez más evidente. Hay una clase política pero carecemos de una clase dirigente. Domina la confusión y el miedo. Hay riesgo de

más anarquía, ya nadie soporta el grado de delincuencia y no conviene posponer las decisiones. Como nación, no hemos sido capaces de diseñar un proyecto que cumpla con el doble propósito de permitir una incorporación eficiente a la nueva economía y garantizar la solidaridad como criterio esencial para la buena convivencia.

Desde hace tiempo, hago esfuerzos por obtener respaldo para una propuesta que puede lograrlo. Hace falta un proceso de descentralización que transfiera más responsabilidad y protagonismo a los ciudadanos. Debe empezarse por desatar el nudo. La democracia del siglo XXI pasará a ser participativa, más participativa, hasta llegar a ser directa, como proponía Jefferson.

Además de las reformas al sistema político, necesitamos también una radical transformación educativa y reconocer que nuestra riqueza biológica nos ofrece el bastión más fuerte para asumir una nueva misión y asegurar el desarrollo económico. Y aún cuando admitimos la necesidad de una gran revolución en el orden espiritual que enaltezca el cultivo de valores más elevados y restaure la vigencia de los principios éticos, apuesto a Costa Rica, confío en los costarricenses para superar esta difícil prueba de nuestra historia.